



Notas para una Comunidad Profética Laical guiada por el Espíritu

*Ponencia del P. Nicolás a la Asamblea General de la CVX 2008
Fátima, 17 de Agosto 2008*

Introducción – Saludo

No recuerdo cuándo fue. Estaba finalizando un período de mi vida: dos años de estudios en Roma o seis de servicio en el Instituto Pastoral de Asia Oriental de Manila. Alguien me dijo que la Comunidad del CVX japonesa, a donde yo volvía, había pedido al Padre Provincial que me nombrase su Asistente Eclesiástico. Quizá andaban desesperados y querían conseguir un jesuita, cualquier jesuita. Pero el Provincial tenía otros planes y la CVX japonesa se vio protegida de mí. Mis contactos con la CVX eran esporádicos y no muy frecuentes, aunque nunca se cortaron. Y desde luego yo nunca pensé que hoy estaría aquí dirigiéndome a la Asamblea General. Y debo decir que lo hago con mucho gusto.

También debo decir que estoy muy impresionado. He leído algunos de vuestros recientes documentos claves. He tenido acceso a vuestros intercambios, informes y discusiones. Me he visto con algunos de vuestros representantes y miembros del Consejo Ejecutivo. Y nunca deja de impresionarme la visión, consagración y profunda humanidad que encuentro en todos ellos. Os felicito a todos por este nivel de vida humana y compromiso cristiano. [Debo confesar que tuve que rastrear en vuestros Estatutos o Principios Generales en busca de la terminología correcta sobre el liderazgo de la CVX. Quería saber cómo llamabais a vuestros líderes. Abrí los Principios y leí: “Las Tres Divinas Personas”. No me llevó mucho tiempo caer en la cuenta de que estaba leyendo la página incorrecta. Mucho más abajo encontré Asamblea y Consejo Ejecutivo, y Presidente, etc.

Otro factor de la grata alegría que hoy siento es que es mucho lo que compartimos, desde las directrices básicas de la espiritualidad ignaciana hasta incluso algunos elementos estructurales de vuestro sistema de liderazgo. Esto queda muy lejos de cuando en el colegio formábamos parte de la Congregación Mariana del colegio de los jesuitas de Madrid.

Mucho ha cambiado desde la última vez que me relacioné con la CVX

La lectura de las cartas de comunicación del Consejo Ejecutivo a los Miembros es fascinante. No hay duda de que las recomendaciones de la Asamblea de Nairobi hacen época.. Leemos: “Nos sentimos confirmados en nuestra vocación de hacernos un cuerpo apostólico seglar que comparte la responsabilidad de la misión de la Iglesia” (Nairobi 2003). Esto es sencillamente extraordinario para una comunidad u organización de seglares. La razón es que esta afirmación surgida de un proceso de discernimiento tiene consecuencias enormes para la CVX y para todos sus miembros. Y es esto precisamente lo que queréis profundizar en esta Asamblea de Fátima.

Este importante cambio en la visión de los miembros de la CVX tiene lugar – providencialmente – en un tiempo en que también están teniendo lugar otros cambios

trascendentales. Hubo un tiempo en que algunas personalidades fuertes, dotadas y visionarias marcaban la diferencia en la Iglesia y la sociedad.

Esto sigue siendo verdad aunque sólo hasta cierto punto. Todas las edades y generaciones han conocido personalidades que han influido por bien o por mal. Una persona dotada nunca deja de influir en otros.

Pero los tiempos han cambiado y ahora podemos ver y experimentar la diferencia que marca toda una serie de grupos, movimientos, comunidades y proyectos de colaboración. Si alguien intenta un cambio social, su primera cuestión será cómo movilizar a otros, cómo crear tal movimiento de pensamiento, motivación y visión que haga posible el cambio.

El que en un tiempo como el nuestro vuestras comunidades se sientan "confirmadas" en una misión compartida es una de las respuestas de Dios a nuestra creciente necesidad de acción concertada por la justicia y la reconciliación del pueblo.

Esta observación podemos traducirla a términos eclesiásticos. Hubo un tiempo en que correspondía a los sacerdotes, religiosos y otros ministros oficialmente nombrados marcar el paso de la vida eclesial y dictar normas para cada sector relevante de la Iglesia y de la Fe. Pero también aquí han cambiado las cosas. Nos estamos acostumbrando a vivir la fe con una mayor espontaneidad, que brota de nuestra experiencia y formación en el discernimiento de los movimientos del Espíritu. Respetamos a los líderes seculares como en el pasado lo hicimos a los clérigos; leemos escritos de teólogos seculares y nos sentimos inspirados por la vida y testimonios de parejas seculares y personas seculares comprometidas que han encontrado caminos de salvación donde antes sólo buscábamos "vida secular ejemplar". Al laicado y a los grupos que forman se les escucha y sigue con estupor en los numerosos nuevos caminos que han abierto.

Hubo un tiempo finalmente en que la palabra predicada y escrita tenía un filo cortante en nuestras vidas. Venimos de una larga y rica tradición en la que las palabras eran tremendamente importantes y la fe, según la expresión de San Pablo, nos llegaba al corazón por el oído – Fides ex auditu. Hay algo en el oír que llega a las profundidades de la persona y que no llega por otros sentidos. Todas nuestras culturas han pasado por una fase "auditiva" que coincidió en gran parte con los testimonios más originales de la humanidad y la comunicación de Dios con ésta. Esto sigue siendo verdad y vemos verdaderas muchedumbres amontonarse para escuchar al Santo Padre, a sus palabras y a través de ellas vislumbrar la revelación de Dios.

Y no obstante, los que hemos vivido lo bastante o podido tener largos y profundos contactos con Asia Oriental hemos experimentado el fuerte emerger de la "vista" en la búsqueda de una vida y verdad más profundas. La generación actual cuenta con mucha gente que está cansada y desengañada con palabras vacías, promesas de campañas. Homilias mortecinas y anémicas, palabras y palabras y palabras que, citando de nuevo a San Pablo, no son más que ruido, metal que suena o címbalo ruidoso. Hoy la gente quiere "ver" lo que "oye". Quiere ver "palabras vivas". El predicador y el profeta viven bajo una lupa. Por eso hay en la actualidad tanto interés en el testimonio viviente de un laicado comprometido, parejas que han transformado años de dificultades, diferencias y conflictos en testimonios de un amor mayor, fidelidad cristiana y esperanza creativa. El ojo se ha hecho un compañero inseparable del oído.

¿Podemos vivir una Vocación Profética como Comunidad?

Cualquiera que sea el análisis, motivación, proceso y evolución de los cambios recientes, nos encontramos ante una nueva percepción y una nueva realidad. Nos hemos sentido confirmados de que Dios quiere que seamos “una comunidad apostólica que comparte la misión de la Iglesia”. Pero esta misión, en la tradición bíblica y cristiana, debe ser una Misión Profética, realizada y llevada a cabo en el nombre de Dios y bajo su guía. Y podemos pertinentemente preguntarnos: ¿Podemos realmente ser proféticos? No hace mucho varios escritores bíblicos y espirituales escribieron libros y artículos en los que la gran pregunta era: “¿Dónde están los Profetas?” Esta pregunta es particularmente relevante cuando se dirige a una comunidad. ¿Puede una Comunidad – igual que una institución – permitirse ser profética?

Muy probablemente la respuesta está aquí, en medio de nosotros, en medio de vosotros. Habéis escogido como una de las frases clave de esta Asamblea: “Los Apóstoles contaron a Jesús lo que habían hecho y enseñado” (Marcos 6:30).

Naturalmente no todos sois profetas. Quizá algunos de vosotros, al menos algunas veces, no siempre, ni en todos los frentes.

Pero quizá – y esto es mucho más importante – éste es tiempo para Comunidades Proféticas y me parece que estáis moviéndoos decididamente en esa dirección.

Si tal es el caso, podemos de nuevo decir que San Ignacio es el Maestro que necesitamos en este tiempo. Consideremos algunos puntos en torno a esta cuestión. ¿Qué es lo que hace o define a una Profeta? ¿Qué es lo que nos dice la Biblia sobre los Profetas?

- El Profeta VE el mundo con los ojos de Dios. Lo hemos visto y contemplado en la Encarnación. “Las Tres Divinas Personas...” (Ahora estoy en la página correcta.) Ignacio no es nada tímido cuando contempla el mundo.
- El Profeta ESCUCHA con sus oídos lo que Dios oye. Dios escucha la voz, los gritos, el clamor angustiado del pueblo. Dios oye al pueblo cuando le pide justicia, cuando sufre pena y soledad y opresión.
- El Profeta SIENTE con el Corazón de Dios. Vemos cómo se mueven las entrañas de Jesús, cómo se conmueve todo su ser... Y lo mismo leemos sobre Dios en el Antiguo Testamento... Lloro y sufre con los sufrimientos de (y aquí podemos evocar el lenguaje bíblico) “Hija mía”, “Pueblo mío”, “Mi amada”, “Mi familia”... Dios está cerca, siente empatía y comunión con su pobre pueblo. Compasión es su primera respuesta.
- Entonces el Profeta HABLA la Palabra de Dios. Y sabemos que es una palabra de misericordia, de compasión de los que sufren... y una palabra de Conversión y Solidaridad para los que pueden hacer algo respecto al sufrimiento. (Dejamos para más tarde hacer un análisis de esta Palabra, que no es sólo un dicho de la boca sino una palabra viva que afecta la realidad y la cambia).

El proceso ignaciano y el Espíritu Santo.

- Hace menos de un mes fuimos testigos de la gran experiencia del Día Mundial de la Juventud en Sydney, Australia, con 250.000 jóvenes de todo el mundo. En cierto sentido algo paralelo ha tenido lugar aquí.
- En lo más vivo de aquel encuentro, el Santo Padre habló del Espíritu Santo. Sintió la necesidad de una Catequesis del Espíritu Santo.

- Pues bien, éste es también nuestro tema. Ignacio no disponía de una buena teología del Espíritu Santo porque la teología católica de su tiempo andaba por otros derroteros.
- Pero Ignacio tuvo la EXPERIENCIA del Espíritu Santo y el MÉTODO para ayudarnos a tener la misma viva experiencia. La espiritualidad de los Ejercicios Espirituales es una expresión práctica y concreta de la Teología que le faltó (sólo en teoría, porque en la práctica la vivió).
- Todo el proceso de los Ejercicios prepara a la persona (al alma, diría él) a acercarse a Jesús e imitarle.
 - Nos prepara para VER como decíamos que ven los profetas.
 - Nos prepara para OÍR lo que el Señor oye decir a los pobres y los que sufren.
 - Nos lleva a SENTIR lo que Cristo y Dios sienten de la realidad, del bien y del mal.
 - Nos enseña cómo DISCERNIR en medio de sentimientos tan intensos con respecto a la realidad humana e histórica.
 - Nos ayuda en las DECISIONES sobre cómo responder y contribuir a la realidad de que formamos parte.
 - Nos mueve a ACTUAR según nos haya movido el Espíritu.
 - Y abre nuestras bocas para que podamos EXPRESAR lo que pasa, decirle lo que hemos hecho y enseñado, y hablar a la gente de la dulzura y bondad del Señor.

Los Retos de hacer esto en Comunidad y como Comunidad

- Hace un minuto nos preguntábamos si es posible ser proféticos en comunidad.
- No hay una respuesta teórica. Sólo hay una respuesta práctica.
- Es posible SI Y CUANDO... Permittedme decir unas palabras sobre estos "Si y Cuando". Pero primero permittedme recordaros que habéis hecho la opción de haceros una Comunidad Apostólica y compartir juntos vuestra misión en la Iglesia. En otras palabras, habéis optado por haceros una comunidad profética y misionera como comunidad. De esta manera el reto no es teórico sino práctico: cómo llegar a ser una comunidad apostólica viviente. Y quizá aquí puede servir esta sencilla reflexión sobre el vivir profético:
 - Para ser proféticos, TODOS debemos ser personas que ESCUCHAN. Que escuchan a la gente – que escuchan la Palabra de Dios – que escuchan las suaves reflexiones del Espíritu Santo. Ignacio nos da innumerables directrices para poder conocer cuándo se hacen una estas tres maneras de escuchar. Porque cuando se hacen una, cambiamos y nos ponemos radiantes de gozo, esperanza y consolación. Santo Tomás de Aquino escribió que en la experiencia de la Fe hay dos palabras: la palabra exterior que se nos da en las Escrituras y la palabra interior que el Espíritu Santo pone en nuestros corazones. Cuando estas dos palabras se juntan, alcanzamos una profunda comunión con el Señor. Pero para que esto llegue a ser una experiencia de comunidad, todos debemos ESCUCHAR.
 - Para ser proféticos, TODOS debemos BUSCAR. No hay profecía sin DISCERNIMIENTO. Conclusiones del tipo de "comida rápida" no son más que una expresión de la profecía falsa. Ignacio estaba convencido de ello. Por eso estaba siempre dispuesto a poner a la prueba sus conclusiones una y otra vez no fuera que se le hubiera escapado uno u otro importante hecho o sentimiento o moción del Espíritu. Una comunidad apostólica y profética es una comunidad de creyentes humildes que siempre están buscando.

- Ello quiere decir que una comunidad profética vive en una sana tensión de estar en necesidad de RECIBIR, porque el don del Espíritu – como dijo Benedicto XVI – nunca se conquista sino que siempre se recibe con humilde gratitud. Podéis ver lo alejados que estamos de cualquier tipo de fundamentalismo espiritual. Nuestra seguridad va estrechamente unida con nuestra humildad; no se basa en posesión sino en una permanente conciencia de que vivimos en la bondad y amor de Dios, el don de los dones. Esta es también la tensión del DISCERNIR, el BUSCAR y el DECIDIR. Puede parecer contradicción. ¿Pero cómo podemos ser humildes y decisivos al mismo tiempo? En eso precisamente consiste el discernimiento, porque cuando viene el Espíritu a nuestra comunidad, nuestros miedos se disipan y sabemos lo que Dios quiere de nosotros.
- Ahora, si tal es el espíritu con que discernimos y decidimos como comunidad, está claro que la expresión recientemente acuñada “HOMBRES/MUJERES CON LOS DEMÁS” no es una mera añadidura a la más tradicional expresión del “HOMBRE/MUJERES PARA LOS DEMÁS”, sino que al contrario aun puede ser más original y radical para el CVX que ha optado por ser una Comunidad Apostólica.
- TODOS los miembros están invitados a tener OJOS para VER. Sabéis también que como laicos veis con frecuencia lo que los sacerdotes no vemos o no podemos ver.
- TODOS los miembros están invitados a OÍR lo que los sacerdotes y clérigos no pueden con frecuencia oír. Es sorprendente como curiosidad cómo el “oír” puede también estar culturalmente condicionado. ¿Quién puede oír una moneda que cae en una calle transitada? ¿O su nombre susurrado a diez metros de distancia? Oír es una operación discernida.
- TODOS están invitados y llamados a SENTIR la pena y sufrimiento de otros. La Tercera Semana de los Ejercicios nos adiestra a sentir el dolor de Cristo, el Otro. Fue el gran Obispo Hilario de Poitiers quien dijo: “Sanctior mens plebis quam cor est sacerdotum” (cuarto siglo).
- TODOS están llamados a DISCERNIR, DECIDIR y servirse de MANOS y PIES para la acción, el servicio y la compasión.
- Llegar a ser una Comunidad Profética para la Misión Compartida se hace posible si tenemos el valor de aceptar el reto y movernos al estilo ignaciano hacia la Voluntad de Dios.

Importancia Prioritaria de la Formación para todos

- Todas estas observaciones y reflexiones me llevan a la conclusión obvia de que nuestra mayor prioridad como CVX debe ser la Formación de nuestros miembros. Ésta es la prioridad de las prioridades.
- En estas últimas semanas he visitado unos pocos Cardenales de varias Congregaciones del Vaticano. (Como parte de mi cargo, me imagino). Cuando visité al Cardenal Rylko, Prefecto de la Congregación para los Laicos, me dijo ya el principio lo feliz que estaba con CVX y subrayó repetidamente, “por la seria formación que dan a sus miembros”.
- Recordáis cómo San Ignacio no cree que todos puedan beneficiarse igualmente de los Ejercicios Espirituales. No era elitista, pero sabía que hay necesidad de una capacidad básica, una apertura de la mente y del corazón que nos prepara a ser sensibles y

responder al encuentro con Dios y a la guía del Espíritu. En este sentido, la verdadera educación debe medirse por la capacidad de abrir las mentes de las personas a realidades más grandes y profundas.

- Aquí es donde está el principal campo de cooperación. Los jesuitas nos sentimos muy felices al ver que los dones de Ignacio son vuestros, que se extienden y salen de los círculos y control jesuíticos. Lo que Ignacio hizo era al servicio del Evangelio, que nunca ha sido posesión exclusiva de nadie. Nos alegramos de ver que los dones de Ignacio se hagan un patrimonio compartido para el bien de la Iglesia y del mundo.
- Tendremos que trabajar juntos para una formación en profundidad. Esta formación incluirá naturalmente:
 - Teología, Psicología, Antropología... cuanto ayude a crecer en el amor como personas y como creyentes.
 - Pero, sobre todo, la formación ha de ser en la Vida del Espíritu de forma que todos dominemos los recursos para hacernos interiormente libres, para un discernimiento real de la voluntad de Dios, para una dócil y alegre familiaridad con los caminos del Espíritu.
- Espero realmente que podamos trabajar juntos en esta importante prioridad y que vosotros, como miembros de la CVX nos ayudéis a los jesuitas a profundizar en la misma espiritualidad.
- Recordad que somos sólo una parte, y muy pequeña, del Cuerpo de Cristo, del Pueblo de Dios, de la Iglesia de todos. Y servir a todos siempre será una alegría.

Conclusión

Mi gratitud por esta invitación y por cualquier forma de cooperación que tengamos en el futuro. Nuestra tarea es grande y sobre todo profunda, una tarea en la cual y por la cual esperamos construir en cada uno el Cuerpo de Cristo y compartir mutuamente la guía e inspiración del Espíritu Santo. Algo a que aspirar con ilusión y por lo que dar gracias a Dios.

P. Adolfo Nicolás, sj
Asistente Eclesiástico de la CVX / Superior General de la Compañía de Jesús

El lenguaje de la sabiduría para las fronteras

Discurso del Padre General, Adolfo Nicolás S.J.
Líbano 4 de agosto de 2013

1. La necesidad del momento presente

Hoy deseo compartirles algo que ha estado en mi mente por algún tiempo. Comenzó el 25 de junio, apenas hace unos días, cuando unas religiosas me visitaron. Al final de la visita me preguntaron: ¿Cuáles piensa usted que son las necesidades más urgentes de la Iglesia hoy? ¿Cuáles deben ser nuestras prioridades? Es una pregunta sorpresiva cuando sientes que se está terminando la conversación, porque lo comienza todo una vez más. Esta es una pregunta sobre la que reflexionamos una y otra vez dentro de nuestros corazones, en nuestras mentes.

Esa misma tarde tenía una cita con el Papa Francisco y los dos llegamos a la misma pregunta: *¿Cómo puede la Compañía de Jesús ayudar y servir mejor a la Iglesia?*

La respuesta a esta pregunta se había dado, al menos de alguna manera, tres días atrás cuando el Papa se reunió con el padre Dumortier, Rector de la Universidad Gregoriana. Él le había expresado al Rector que esperaba que los jesuitas se tomaran el Apostolado Intelectual muy en serio. El Papa afirmó su deseo de que los sacerdotes debieran ir a la periferia, porque es desde allí donde se tiene una mejor visión de la Iglesia y de cómo está funcionando ésta. Él continuó diciendo que la experiencia de la periferia es muy importante, pero necesita ser complementada por la reflexión desde el centro. Sin esta reflexión desde el centro, la experiencia de la periferia no produce los frutos del Evangelio que el Señor quiere. Esta fue la reflexión del Papa.

Por otro lado, tuvimos un encuentro de las Universidades jesuitas en México en 2010. La frase que más movió y tocó a los que estaban presentes fue *“el mayor peligro de hoy es la globalización de la superficialidad”*. El mensaje que nos llegó a través de ese encuentro en México es que los jesuitas debemos apuntar y dirigir nuestros esfuerzos a la profundidad -profundidad en nuestras reflexiones, en nuestra

comprensión de la realidad, en nuestra espiritualidad, etc.-. Este mismo mensaje me lo había dado nuestro Papa anterior, Benedicto XVI. Cada vez que nos reuníamos, me tomaba las manos y me decía *“La Iglesia espera profundidad de parte de la Compañía de Jesús -profundidad en el estudio y en la espiritualidad”*.

Por ello creo que hay una convergencia que nos indica que esta es la necesidad del momento presente. En el mundo de hoy estamos inundados de información. Solamente “google” un tema en particular y te encontrarás con miles de páginas que te dicen algo sobre ese tema. Pero nadie te dice cuál es la verdad, nadie. Y “google”, no puede. No hay sentido de la verdad. No hay criterio para encontrar cuán ciertos son los hechos. Nos arriesgamos a hacer juicios con poca información y, por lo tanto, hacemos juicios erróneos.

Durante el vuelo para venir aquí estuve leyendo un libro: *“Conversaciones difíciles”*. El libro es sobre el hecho de que todos tenemos conversaciones difíciles, ya sea en la familia, en la vida religiosa, en la dirección y gestión de organizaciones. Las personas tienen conversaciones difíciles porque no están de acuerdo en algo importante; el libro continúa diciendo que en realidad hay tres conversaciones que se superponen y confrontan. La primera es la conversación sobre los hechos: *“¿Qué está sucediendo realmente?”*. La segunda es la conversación sobre los sentimientos: *“¿Me siento herido, abandonado, pasado por alto?”*. Finalmente está la conversación de la identidad, la cual toca mis valores y estima personal. *“¿Quién cree el otro que soy yo?”*. El libro nos ayuda a mantenernos atentos sobre estos tres niveles, de forma que podamos manejar mejor estas conversaciones.

Todos estos puntos señalan el hecho de que necesitamos profundidad. Necesitamos saber, con una cierta cantidad de reflexión y una cierta cantidad de sabiduría.

2. ¿Es esto diferente a lo que dijimos en Fátima?

Aquellos de ustedes que estuvieron en Fátima recordarán que hablamos sobre la misión profética, las dimensiones de la profecía, y cómo ser proféticos. Pero ahora ¿estamos ante algo diferente? ¿Nos enfrentamos con una realidad diferente? Para poner las cosas en perspectiva, déjenme compartir una reflexión bíblica. He consultado esto con los profesores del

Instituto Bíblico, para no salirme mucho de la ruta. Esa es la ventaja de estar en Roma: se puede consultar con los expertos.

Me sorprendió el que en la Biblia hay tres lenguajes diferentes. Estos son, claramente, los lenguajes que corresponden a la experiencia del pueblo de Dios en función de su relación con el Señor.

El primer lenguaje es, naturalmente, el de construir y consolidar al pueblo de Dios. Al inicio de todo Israel no tenía ninguna identidad. El pueblo estaba integrado por esclavos y migrantes que estaban siendo explotados y acababan de salir de Egipto. El proceso de construcción de la identidad del pueblo de Dios está registrado en los primeros libros de la Biblia. He aquí que encontramos el lenguaje de la historia. Un lenguaje que habla de las grandes cosas que Dios hizo por ellos. El pueblo mezcla la historia con los mitos, y glorifican ciertos hechos y acontecimientos para que el pueblo pueda sentirse orgulloso de pertenecer a esa comunidad. Este es el lenguaje histórico que aparece en los libros históricos de la Biblia. Les da un sentido de pertenencia y un sentido de orgullo por ser un pueblo que puede decir en verdad: *“Dios está con nosotros”*.

Una vez que la identidad está establecida, aparecen los profetas. La fe del pueblo está muy fuertemente ligada a su identidad nacional, y por ello esta fe se contamina debido a la manipulación, la estrechez política, y a la exclusión. Es por ello que los profetas aparecen para confrontar y cuestionar la fe y la pureza de la misma. Ellos cuestionan los peregrinajes y festivales, porque estos producen la negligencia del pueblo. El corazón de la religión es la compasión, y cuando Israel se olvida de la compasión, entonces aparecen los profetas. Ellos le recuerdan al pueblo que a Dios no le interesan las ofrendas y los sacrificios si el elemento más fundamental de la Alianza es olvidado. Por tanto, la profecía y el lenguaje profético siempre aparecen desde dentro de la comunidad de fe y buscan purificarla.

Luego acontece el exilio y el pueblo se siente traicionado y abandonado. Aquí la mayoría de Israel (y no debemos de suavizar la afirmación), sí, la mayoría de Israel, perdió su fe. Solamente apenas unos pocos marginales mantuvieron su fe. Su fe estaba basada en un Dios actuante en su propia historia, por lo tanto cuando perdieron el templo y fueron exilados a otros países, se preguntaban dónde estaba Dios. Muchos perdieron la fe en estas circunstancias. Y entonces, desaparecieron los profetas. Cuando no hay fe, el lenguaje profético no tiene sentido. Sus confrontaciones y

cuestionamientos se desmoronan y no hay corazones que puedan ser movidos. En este punto surge un nuevo lenguaje: el lenguaje de la sabiduría.

Este es el lenguaje que se expresa en la sabiduría de encontrar a Dios en todas las cosas. Ahora pueden ver la conexión con el tema central de esta intervención. Es el lenguaje de Dios actuando en la familia, en los niños, en la cultura, en todo. Esto lleva al pueblo hacia una nueva relación con Dios, una relación de profundidad y sabiduría. Este es el lenguaje que hace sentido y toca a creyentes y no creyentes de la misma manera. Quizás sea el lenguaje que emerge para las fronteras de nuestro mundo hoy.

3. ¿Dónde estamos nosotros en el mundo?

Europa y el Oeste -el llamado Oeste cristiano- están pasando por una tremenda crisis de fe. El lenguaje profético ya no es relevante aquí, porque no hay fe que purificar. Se necesita un lenguaje nuevo y la Biblia nos ofrece la llave para esto. Es interesante que por mucho tiempo he pensado (porque esa era la retórica por muchos años) que la sabiduría pertenece a Asia. Decíamos que la religión de Asia estaba basada en la sabiduría, mientras que la religión profética pertenecía al oeste cristiano. Ahora oímos que necesitamos sabiduría en la educación, en el trabajo y acción social, en el trabajo pastoral, y así sucesivamente en todo. Entonces, la búsqueda de la sabiduría ya no es un monopolio de las comunidades asiáticas, sino que es universal.

Es interesante ver cómo el Papa Benedicto hablaba el lenguaje de la sabiduría cada vez que iba a las fronteras. Y el pueblo se asombraba. Fue a Francia y habló del secularismo en una forma muy positiva. Fue a Londres y habló en una forma en que todo el mundo pudo comprender. Lo mismo en Alemania. El Papa Francisco ha venido con un mayor énfasis en el lenguaje del hombre y mujer común. Es el lenguaje del ser pobre, del ser compasivo, de decirle a todos “*buenas noches*”, “*buen provecho*”, y “*tengan un buen descanso*”. Esto representa una gran lección para nosotros, ya que demuestra una habilidad para el cambio, una habilidad para la adaptación.

En esta Asamblea están discutiendo los procesos de la comunidad desde las raíces hacia las fronteras. Quizás podríamos descubrir que estamos viviendo los mismos procesos que el pueblo de Israel. Necesitamos tiempo para construir nuestra historia, un período de purificación de esa

identidad y ahora, en el mundo en el que estamos hoy, necesitamos mucho más del lenguaje de la sabiduría.

Es interesante oírle decir al Papa Benedicto que un agnóstico es mejor que un cristiano que ha dejado de preguntarse y de buscar. Una persona que cree que tiene todas las respuestas es peligrosa, porque nadie tiene todas las respuestas. Recuerdo haber visto un afiche ilustrativo de esto en el Instituto Pastoral Asiático de Manila. Era un afiche con un orangután, acostado en el suelo y mirando hacia arriba. El encabezado decía: *“Cuando finalmente ya supe todas las respuestas, cambiaron las preguntas”*. Reflejaba un sentido de darse por vencido, que es la actitud de muchos sacerdotes. Sales del seminario sabiendo todas las repuestas, y entonces te das cuenta de que las preguntas han cambiado. Y entonces te sientes como ese orangután... ¿Qué ha sucedido? Necesitamos tomar esto muy seriamente porque esto no es solamente un problema occidental. Hoy en día, todas nuestras culturas se están convirtiendo en más pluralistas. Esta clase de pensamiento secular, y el deso de sabiduría, se están convirtiendo en rasgos generales de todas las culturas.

En algunos lugares esto avanza lentamente, pero está llegando. Debemos mirar con especial atención las vidas de los jóvenes, porque ellos son la clave para entender lo que está aconteciendo. Los jóvenes están en internet y conectados todo el tiempo. Ellos son como los residentes nativos de este nuevo mundo (a diferencia de muchos de nosotros, más viejos, que somos solamente pasajeros o visitantes en ese nuevo mundo).

Por lo tanto, necesitamos de los tres lenguajes. Para los nuevos cristianos y nuevos miembros de la CVX necesitamos el lenguaje de la historia, para construir y consolidar la identidad. Necesitamos el lenguaje de la profecía dentro de la comunidad de fe, para confrontar y cuestionar a aquellos que creen. Y ahora, necesitamos el lenguaje de la sabiduría para responder a las fronteras. En esta Asamblea van a dedicar mucho tiempo para discutir sobre las fronteras, y sus nuevos retos y perspectivas. Creo que el lenguaje de la sabiduría es importante aquí, ya que trae consigo profundidad y contrarresta las tendencias superficiales de hoy.

4. ¿Qué hacemos nosotros con esto?

En este momento quiero recordar al Padre Arrupe, quien hablaba muy fuertemente sobre la opción por los pobres. El propuso una triple respuesta que, consciente o inconscientemente, usaba los términos

bíblicos de “los muchos” y “los pocos”. La idea es que Dios protege a los muchos, pero llama a seguirlo como colaboradores a unos pocos para que se hagan cargo de los muchos. Arrupe lo ponía de esta forma:

- Todos los jesuitas tienen que trabajar por los pobres.
- Muchos jesuitas tienen que trabajar con los pobres.
- Unos pocos jesuitas (llamados por Dios y la obediencia) tienen que vivir como los pobres.

Así es como comenzamos con algunas comunidades en medio de barrios pobres, compartiendo la vida de los pobres, y estando totalmente bajo las circunstancias de la vida en el vecindario. Recuerdo, también, al Cardenal Bergoglio, quien como Arzobispo de Buenos Aires se negó a vivir en el Palacio Episcopal. Él vivía en un cuarto pequeño, encima de su oficina, y compartía sus comidas con la gente común. Él continúa en la misma línea ahora como Papa. Lo vieron durante la Jornada Mundial de la Juventud en Río. Tuvo que cambiar de automóvil dos veces. Tenía un auto maravilloso que le dio el gobierno Alemán con todos los lujos de un jefe de estado. Él nunca lo usó. Entonces le dieron un carro más pequeño y humilde, pero todavía bueno, y dijo que no. Finalmente, le dieron un auto muy simple que cualquier empleado puede tener y ese fue el que usó. Por supuesto, esto puede tener sus dificultades en Río, porque la gente rodeaba su auto, pero él parecía disfrutar de ello plenamente.

Él piensa que su vocación, y la vocación de cada sacerdote, no es solamente estar con el pobre, sino también a ser muy parecido al pobre. Dice que el pastor debe oler como las ovejas (Me pregunto ¿cómo huele el jesuita?).

Y volviendo a nuestro tema: podemos aplicar la clasificación del Padre Arrupe en nuestros términos, comenzando con unos pocos.

- Unos pocos miembros de CVX, que tienen el talento, las capacidades y dones, y la oportunidad, son llamados al trabajo intelectual, tal como la investigación, escribir, etc.
- Muchos miembros de CVX son llamados a ser profesionales excelentes y bien calificados y competentes.
- Todos los miembros de CVX están llamados a llenar nuestro mundo con el lenguaje de la sabiduría mediante la meditación, la reflexión y el pensamiento.

5. La relevancia de la espiritualidad ignaciana

Es en este punto en el que vemos la enorme relevancia que la espiritualidad ignaciana y el laicado ignaciano tienen para la Iglesia y el mundo. La Iglesia necesita una espiritualidad que promueva y fomente sabiduría y profundidad para poder responder a las necesidades de hoy. La espiritualidad ignaciana nos entrena y capacita para la reflexión y la meditación, para separar lo que es superficial y banal de lo que es profundo y real. Esto es lo que la espiritualidad ignaciana hace por nosotros, nos habilita para ser sensibles, y para discernir. No todo lo que sucede es la voluntad de Dios, no todo lo que tenemos a nuestro alrededor es bueno para la humanidad. ¿Quién va a discernir esto? Necesitamos personas capacitadas precisamente para discernir.

De nuevo, es el mismo Papa el que nos da una pista. Él celebra Misa diariamente en la capilla de Santa Marta y la capilla está llena de personas que desean oír sus homilias. Esto se ha convertido en una nueva tendencia, y hasta personas que habían abandonado la Iglesia ahora toman sus homilias y las leen en sus hogares a sus hijos, para aprender algo para sus vidas. Él dio una particular homilía sobre Nuestra Señora y como es su costumbre dio tres puntos (las personas dicen que con esto demuestra que es un jesuita. Así que, a propósito, algunas veces yo doy cuatro puntos, otras dos, ya que los números no definen a una persona). De cualquier forma, el Papa dijo que hay tres palabras claves para entender a María: escucha, discernimiento y acción. Más tarde, el Padre Spadaro, director de Civiltà Cattolica dijo que esta homilía nos ayuda a entender al Papa, porque define la forma en la que él piensa. Él está escuchando ahora durante la primavera. Él estará discerniendo durante el verano, y actuará y tomará decisiones durante el otoño. Por lo tanto, esperen muchas decisiones importantes que vendrán pronto.

Todo esto es muy ignaciano. Comenzamos con escuchar, que es crucial, y añadiría el ver (después de estar en Japón por muchos años). El escuchar es muy europeo, mientras que el ver es muy asiático. Por lo tanto, nosotros, los europeos tenemos ojos que parecen diferentes y cuando miramos a las cosas, los ojos van como flechas. Las caras de los asiáticos son más contemplativas; hay armonía en el rostro y hay una forma contemplativa de mirar al otro. Creo que San Pablo, si hubiera sido japonés, hubiera dicho que la fe viene de escuchar y ver. De todas formas, esto implica a las orejas y a los ojos. Luego viene el discernimiento, que es donde entra el corazón.

Y, finalmente viene el actuar que implica a los brazos y los pies. De esta forma todo el cuerpo está involucrado en el proceso.

6. Aplicación de esta espiritualidad

La espiritualidad ignaciana continua siendo extremadamente moderna y relevante para nuestro tiempo. Tiene una admirable flexibilidad y creatividad, ya que depende mucho de cómo nos guía el Espíritu de Dios. A veces tenemos muchas reglas, pero Ignacio nos pide que vayamos por encima de ellas, y veamos cómo nos está guiando el Espíritu. Cada vez que él escribía a los jesuitas en diferentes partes del mundo les dijo que todo lo sometieran al discernimiento. Él da una tremenda libertad a los superiores para discernir, basados y contextualizados en la realidad presente. La espiritualidad ignaciana nos capacita para el discernimiento y nos habilita para la acción. El discernimiento nos debe llevar a la acción, porque el discernimiento que termina en sí mismo es inútil.

Seguramente habrán oído del Padre Gustavo Gutiérrez, el teólogo peruano, conocido como el Padre de la Teología de la Liberación. Ahora es un sacerdote dominico. En una entrevista le preguntaron: “¿Qué ha sucedido con la Teología de la Liberación?” Él contestó: “Mientras haya pobreza en el mundo, la Teología de la Liberación tendrá algo que decir. Pero ésta se ha movido en dirección de la espiritualidad. Necesitamos entrenar a más personas para que tengan una perspectiva sobre el mundo”. El periodista entonces le preguntó ¿qué espiritualidad es la mejor para el desarrollo de los laicos en la Iglesia? Sin dudarlo, él respondió: “La espiritualidad ignaciana”.

La espiritualidad ignaciana continúa siendo de gran relevancia porque está enraizada en la realidad... y es la realidad la que nos enseña a cambiar, mucho más que exhortaciones y cartas del Padre General. La espiritualidad comienza con la realidad y nos conduce hacia donde Dios quiere. La gran pregunta es: “¿qué quiere Dios de la humanidad?”. Hace dos años, en un seminario sobre vida religiosa, el tema que salió más consistentemente fue que nuestra misión es siempre la misión de Dios. Así que, ahora hablamos sobre “*Missio Dei*” y ese debe ser el foco de nuestra atención.

Un libro que recomendaría mucho es “*La gran transformación*”, de Karen Armstrong. Estudia el desarrollo de la espiritualidad y la religión, poniendo atención a lo que Karl Jaspers llama “*la edad axial*”. El libro

examina esta edad-etapa que representa un pivote coyuntural, durante la cual las bases de la humanidad fueron desarrolladas en China, India, Israel y Grecia. En todas estas cuatro culturas diferentes se dieron cuenta de que la única cosa que puede cambiar la sociedad es un cambio en la persona humana. Es el cambio interior, el trayecto interior, lo más importante. Ya hemos visto que el comunismo sin un cambio en la persona, conduce a la inhumanidad, y que el capitalismo, sin un cambio en la persona, conduce al egoísmo. A no ser que tengamos un cambio interior, no hay forma de ir hacia adelante. La espiritualidad ignaciana se enfoca específicamente en este cambio en la persona.

Hay un cuento asiático de un discípulo que fue a un monasterio. Sus amigos le preguntaron ¿por qué? Y les explico que iba allí porque quería contribuir a cambiar el mundo. Después de un año se encontró con esos mismos amigos que le preguntaron por qué seguía allí. Él contestaba que estaba aprendiendo algo -ahora sólo deseaba cambiar a unas pocas personas alrededor de él-. Un año más tarde le preguntaron qué estaba aprendiendo. Él contestó que había aprendido que lo más importante era cambiarse a sí mismo. Esto es, en realidad, la inspiración interior que los sabios de las religiones del mundo han tenido. San Ignacio también vio esto claramente, y por eso la Inquisición pensó que él era peligroso. ¡Lo interrogaron ocho veces! ¡No una, sino ocho veces! Y cada vez que lo hicieron, no encontraron nada equivocado, porque él tenía mucho cuidado de no perder su tiempo en la formulación de doctrinas. Él fue directamente al corazón. La Inquisición pensó que esto era peligroso, porque este hombre tenía una libertad y una apertura al Espíritu que no podía ser controlada. Y cuando las cosas se salen de control, las autoridades se ponen nerviosas.

7. ¿Quiénes son los que llevan esta espiritualidad?

Llegamos finalmente a la pregunta de quién puede llevar esta espiritualidad hacia adelante. ¿Quiénes son los que tienen este poder de transformar? Pienso que cualquiera que esté abierto a la realidad y al Espíritu de Dios. Cualquiera que esté alerta y despierto al proceso de discernimiento puede ser el portador de esta sabiduría. Las personas en la tradición ignaciana son capaces de hacerlo porque están capacitadas para discernir y pueden ir profundamente hacia la verdad. Este es el significado de “ir a las raíces”. No está restringido a ir hacia atrás cincuenta años, ni cuatrocientos cincuenta años, sino ir hacia atrás hacia Cristo, y hacia los sabios de Asia, Europa, e Israel, y finalmente de regreso al corazón de Dios. Cuando

vamos a las raíces de esta forma, entonces obtenemos la libertad que nos permite ir a las fronteras sin miedo. En las fronteras encontraremos personas buenas, personas como el doctor del que hablé en la homilía de ayer. Era una persona con “un corazón jubiloso”, una persona llena de compasión. La religión y la compasión están íntimamente relacionadas. Cuando nos olvidamos de la compasión, entonces olvidamos a Dios, porque Dios es un Dios de compasión. ¿Por qué son tan importantes los pobres? Porque ellos sacan la compasión de dentro de nosotros. Ellos hacen que emerja nuestra capacidad de responder, y esto indica cuán profundos realmente somos. El Papa actual tiene gran aceptación porque está llamando a la gente a ser compasivos.

La espiritualidad ignaciana busca acompañar a las personas desde el corazón. Una de las preguntas que salieron a relucir ayer durante la reunión con los Asistentes Eclesiásticos fue ¿cómo entrenar a los jesuitas para el acompañamiento? Necesitamos entrenar a los jesuitas, no para ser los líderes en la comunidad, sino para acompañar a la comunidad desde el corazón. La mente es necesaria, por supuesto, de lo contrario el corazón podría correr salvajemente. Pero la mente es solamente una ayuda. La fuerza motora debe venir del Espíritu, y nosotros debemos tener esa sensibilidad hacia el Espíritu. En la visión ignaciana lo que importa es la realidad, la persona, y lo que Dios quiere de esas personas. Y nuestra pregunta es siempre humildemente saber: ¿cómo podemos ayudar? ¿cómo podemos acompañar? ¿cómo podemos discernir? Nuestro lenguaje sobre Dios siempre debe ser humilde, porque sabemos muy poco sobre Dios. Dios es el misterio de los misterios.

Termino diciendo que la espiritualidad ignaciana y el laicado ignaciano son extremadamente relevantes en el momento presente, ya que ellos dan una respuesta a una verdadera necesidad. El reto será hacer que la CVX se haga más parte en la vida de la Iglesia, para que más personas puedan descubrir este estilo de vida. Este es un reto que pueden discutir como comunidad. Creo que la espiritualidad ignaciana nos puede ayudar, en este momento particular en la vida de la Iglesia, para profundizar en la vida del Espíritu, y para encontrar cómo Dios trabaja en nuestra realidad.